

PARTE PRIMERA.

PRELIMINARES.

ESTUDIOS SOBRE LO CONTEMPORÁNEO DE «ECHEGARAY.»

CAPÍTULO I.

Consideraciones generales. — El teatro español moderno. — La sociedad actual. — Costumbres sociales y políticas de esta época. — La revolucion en todas las esferas. — El teatro espejo de las costumbres, es guía y reflejo de las mismas. — El estacionamiento no es el retroceso. — Causas que retraen á los autores del teatro. — Hay quien procura mantener el fuego sagrado del arte. — Llamadas y chispazos. — No hay decadencia sino escasez. — Aparecen algunos autores. — Las obras de actualidad y de circunstancias. — Extravío del gusto del público. — El género bufo. — El lirismo dramático y las obras de espectáculo. — La buena senda.

La historia de la humanidad registra hechos inexplicables, acontecimientos de trascendencia suma, cuyas causas han permanecido ignoradas ó falsamente atribuidas; ciertas manifestaciones no han sido interpretadas en su verdadero sentido; hombres determinados no han sido comprendidos, y se ha negado á algunas instituciones la influencia que legítimamente les correspondia, torciendo su objeto ó desviándolo para encaminarlo á

particulares fines, por medios que de ninguna manera estaban conformes con el propósito que necesariamente se habia formado. La humanidad, que por todos caminos marcha á su fin, que por todos los medios realiza su destino, tiene épocas de decaimiento en que hace creer en un retroceso, indigno de su alta mision, y momentos de esplendor que halagan el orgullo del más misántropo é insociable de los hombres. En uno ni en otro caso es permitido desconfiar, ni ensoberbecerse, porque ni por desesperarse se llega más pronto, ni por enorgullecerse se aleja el término del camino. Conviene, sí, investigar las causas del adelanto ó del retroceso, determinarlas, sacar de ellas enseñanza provechosa y prever las consecuencias de la precipitacion ó del quietismo, de la exaltacion ó de la indiferencia, extremos igualmente fatales que, á toda costa, conviene siempre evitar. Desesperar es morir; abandonarse es perecer; pero forzar los sucesos, precipitarlos ántes de que hayan llegado á completa madurez, es renunciar voluntariamente á la vida social ó moral; es ceder al ánsia de excesos; es allanar el camino de la ruina; lanzarse al abismo, produciendo un resultado distinto del que se deseaba; es quemarse en vez de alumbrarse; es ahogar á aquel cuya sed se quiere satisfacer; administrar un tósigo en vez de un medicamento, ó romper lo que se debia partir.

Ni es privilegio concedido á todos el conocer cuándo á uno ú otro extremo se inclina la humanidad, ni á todos es dado enderezarla si está caída, refrenar su vuelo si alejándose más de lo conveniente está expuesta á

perder sus alas. La Providencia, contra cuyos fallos no hay apelacion, determina las catástrofes como las venturas universales, y encomienda la ejecucion de sus designios á los que considera más en condiciones de realizarlos, burlando casi siempre las esperanzas de los hombres ó llenándolas de modo tal como nunca se hubieran atrevido á pensar. La humanidad está en todos y en cada uno de los hombres, y lo mismo en el individuo que en la familia, en la tribu como en la federacion, en el estado y en el mundo entero se manifiesta siempre la misma, progresiva, insaciable, investigadora, voluble, soberbia, indecisa; llena de conviccion en su destino; confiada en sus fuerzas y en su poder, y rebelde á los obstáculos y contrariedades de la vida; reina del universo y esclava de sus caprichos.

Un hombre no puede estudiarse como una sociedad, ni un país como un Estado; la variedad de los tipos de una misma especie nos da la idea completa de la misma; sus infinitas manifestaciones nos llevan á la nocion exacta de su naturaleza múltiple, de su modo de ser; la diferencialidad es la norma de todos los actos, y si en uno no hallamos todo lo que basta para constituir sistema, en todos es imposible hallarlo porque no se puede buscar. La limitacion es necesaria, imprescindible, y hay que limitarse si el resultado no ha de ser vano por lo inmenso ó lo exiguo del objeto analizado. Y no sólo hay que limitarse, es preciso tambien contraerse, tratar lo inmediato y familiar para poder juzgar con probabilidad de acierto y esperanza de éxito en las investiga-

ciones. Limitémonos, pues; contraigámonos á nuestro tiempo, á nuestra España, á nuestro teatro, y veamos si de nuestras reflexiones se deduce algo favorable á lo que venimos afirmando.

España es un país especialísimo; por más de un concepto todo en él es extraordinario, excepcional, anómalo. La Providencia le ha prodigado sus favores como á pocos, dándole un suelo fértil, un cielo siempre azul, frutos y flores por todas partes, variedad de producciones y riquezas naturales suficientes á hacerle el más próspero y feliz de la tierra; pero ha negado á sus hijos las condiciones de carácter necesarias para sacar partido de todas esas ventajas que envidian otras naciones más ricas y venturosas.

Las ciencias prácticas apenas son cultivadas; gástase todo el vigor de la inteligencia en especulaciones imaginativas, que sólo sirven para convencer á cualquiera de que hay facultades pero falta voluntad. La agricultura está abandonada á los esfuerzos de unos pocos, sin protección ni apoyo; la industria nacional vive á expensas de la extranjera, con muy raras excepciones; las artes se desarrollan lentamente, y merced á la iniciativa particular, siendo escasísimas sus manifestaciones; la literatura se halla en todo su esplendor que no bastan á oscurecer los vicios que siempre acompañan á todo lo que es grande y poderoso, compartiendo con la política el imperio del mundo intelectual, en el que nuestra patria tiene cumplida representación. Y no podría ser de otro modo dado el carácter de los españoles; son éstos

perezosos é indolentes por naturaleza; más dados á luchar que á discurrir; aficionados á la bulla más que al trabajo; amigos de novedades; enemigos del sosiego; orgullosos y valientes; pobres y despilfarradores. Saben sentir más que pensar; la imaginación domina en ellos á la razón fría y severa, y así es como no hallándose en España, apenas, media docena de hombres de ciencia, filósofos, pensadores, los poetas abundan por todas partes, buenos y malos, grandes y chicos y de todos géneros. Pero sobre todo, donde más descuellan es en la literatura dramática, siendo innumerables los que en lo que va de siglo se han dedicado á escribir para el teatro, en término de que la lista de autores españoles es interminable, aún descontando las medianías que forman una cifra respetable. Infinitas son, como no podía ménos, las producciones que en todos los géneros enriquecen nuestro teatro nacional, joyas algunas de ellas de inestimable valor; desde el sainete á la tragedia todo ha tenido y tiene cultivadores y no parece que la raza de los poetas dramáticos en España esté para desaparecer, pues cada día nacen nuevos adalides que dignamente sustituyen á los que van declinando, ó nos arrebatan la parca inflexible y cruel. Empero no hay razón para afirmar por eso que el estado de nuestro teatro es floreciente, ni tampoco puede asegurarse que vaya en decadencia; atraviesa, sí, un período de transición del que ha de costar trabajo sacarle. Cuáles sean las causas de semejante estado las diremos en el curso de este capítulo; ahora vamos á examinar el estado de la sociedad espa-

ñola actual para venir en su consecuencia á deducir el del teatro.

La revolucion política realizada en el principio del último tercio de este siglo no se limitó á producir un cambio en las ideas de todas clases, sino que, influyendo en las costumbres, relajó éstas algun tanto, si bien al hacerlo llevó á la conciencia de todos la nocion de los deberes y derechos algo oscurecida por gobiernos opresores, que ahogaban, con la libertad el pensamiento, y mataban en su origen todas las manifestaciones del ingenio humano. De ahí que sus efectos se dejaron sentir en todas las esferas, con más ó ménos provechosa influencia; en el individuo despertó la idea de la dignidad y cada uno se creyó llamado á representar su papel en el drama social; en la familia los lazos de union, sin llegar á romperse, se aflojaron, acaso para bien de todos; las diferencias que aún existian entre las clases desaparecieron; con la libertad del pensamiento las ciencias morales tomaron alto vuelo; las artes pidieron á las ciencias auxilio eficaz; la industria y el comercio extendieron el campo de sus operaciones, y casi todo salió ganando ménos las costumbres, efecto del desbordamiento de las pasiones que no podian someterse á una legalidad que estaba en contradiccion con los principios escritos en la bandera revolucionaria.

Las ideas falsas que por su novedad ó halagüeña presentacion habian sido admitidas por todas las clases, y aquellas cuya realizacion era imposible fuera del terreno especulativo, habian producido un mal; habian

mostrado como expedito y fácil un camino áspero, difícil y erizado de dificultades, para emprender el cual ninguno estaba preparado; de ahí que habiéndose defendido la libertad se adoptase la licencia; que, al monopolio y á la arbitrariedad sucediese la holgazanería y el vicio, como distintivos de una sociedad profundamente conmovida. Las leyes eran insuficientes para corregir estos defectos, nacidos del mismo sistema político; la religion atravesaba una época azarosa y triste, efecto de lo violento de las pasiones; la prensa tenia bastante con mirar por sí y por los suyos; quedaba, pues, como único remedio á tanto mal el libro y el teatro. El libro en sus múltiples formas de obra moral, social, científica, recreativa habia sentido tambien la influencia de los acontecimientos, se habia amoldado á las circunstancias y olvidando su mision habia halagado las pasiones de la sociedad, en vez de combatirlas, llevado de la idea del lucro, que á tantas maldades y errores conduce; el teatro resistió más tiempo, pero al fin cedió al influjo de los demás elementos, abriendo la puerta á una literatura hambrienta y ridícula que era del gusto del público y proporcionaba ganancias á los autores y á los empresarios.

Era natural que siendo el teatro espejo de las costumbres, y guía al mismo tiempo, reflejase éstas fielmente y les diese la norma, con lo que si las costumbres perdieron no ganó el teatro, y por espacio de mucho tiempo, se arrastró por el cieno, resucitando géneros que repugnaban al arte, rindiendo culto á la inmoralidad,

rebajando y prostituyendo la institucion y convirtiéndola en instrumento al servicio de los agitadores y propagandistas.

Esto está muy léjos de ser un progreso, pero tampoco era un paso dado hácia atrás; el teatro no avanzaba en su obra civilizadora y artística, pero tampoco retrocedía, se hallaba estacionario, fuera de su centro temporalmente, y podia esperarse que una vez que cesaran las causas de su estacionamiento, emprenderia con mayores bríos su marcha progresiva, resarciéndose de los perjuicios de aquella época calamitosa. Así lo habian creido los escritores no contaminados con la peste reinante, y se hallaban retraidos, sin dar sus obras al teatro, ó dando ménos de las que buenamente podian, porque para ellos su honor y el honor de éste estaban por encima de todo, y preferian ver languidecer el teatro á prestarle una vida que más que á nadie habia de aprovechar á los que eran causa de su lamentable estado. Por eso y por no ceder á las exigencias de la época permanecian inactivos dejando á los nuevos fariseos del arte hacer y deshacer á su capricho y dominar sin oposicion ni antagonismo allí donde nunca debieran haber puesto los ojos ni el pensamiento.

No faltaban, sin embargo, quienes, condolidos é indignados de la postracion del teatro, trataban de reanimar el fuego sacro del arte medio apagado por el abandono de los unos y los excesos de los otros, y conseguian su propósito, á pesar de tener que luchar contra todas las corrientes desencadenadas hácia ellos; y, si

conforme obraban aislados y con gran diferencia de momentos, lo hubieran hecho á la vez y unidos, el principio de la regeneracion del arte, que vino despues, no se hubiera retardado tanto, y ántes, mucho ántes, hubiera aparecido el salvador que arrojara del templo del arte á los mercaderes que le hacian lugar de tráfico y especulacion.

Así es que, aunque con prolongadas intermitencias, se dan algunas obras notables que prueban que todavía vive el espíritu del arte; estas manifestaciones sólo son llamaradas, chispazos que anuncian cuando más el renacimiento próximo, pero que prueban que aún dura el mal que se trata de extinguir. Se ve, pues, que no es la decadencia el carácter distintivo del teatro en esta época, puesto que hay todavía elementos sanos, poderosos, sino más bien postracion, escasez, por estar retraidos los que debian surtirle de producciones, y sobre todo, perversion, dislocacion, desviamiento producido por la intrusion de agentes extraños al arte, de elementos incompatibles con él. Y como «no hay mal que por bien no venga,» y como hay males necesarios y desgracias convenientes y hasta favorables y oportunas, y como en el fondo de la amarga y repugnante medicina está la salud del enfermo, hé aquí que de tanto mal, de calamidad tanta, surge un beneficio, una ventaja para la literatura, para el arte, para el teatro, para todos. La libertad relativa del teatro atrae á numerosos adeptos de Talía; acuden de todas partes escritores dramáticos que empiezan, llevados unos por su amor á la gloria y al arte, atraidos

otros por el cebo de la ganancia, y todos conducidos por la facilidad del acceso, por la seguridad de la introduccion. Mucho malo se vió entónces, algo bueno, bastante notable y poco superior, pero no fué tiempo perdido, ya que de estas pruebas y ensayos se formaron algunos autores, otros comprendieron su vocacion, su destino, y en medio de la descomposicion general de los elementos del teatro surgieron otros nuevos, más vigorosos, que, unidos á los sanos que quedaban pronosticaban, para un porvenir más ó ménos próximo, una era de esplendor y gloria que se anhelaba vivamente.

Es de advertir, por otra parte, lo mucho que entónces contribuyeron á este resultado las obras de actualidad y las de circunstancias. Cualquiera se creia autorizado para llevar al teatro en la forma y género que consideraba más á propósito los acontecimientos políticos y sociales, y aún hechos aislados que habian llamado la atencion pública por algun tiempo, ridiculizando y poniendo en caricatura á personajes políticos, y á otros que no lo eran, á partidos enteros, á clases respetables, sin que nadie protestara al ménos en el sentido en que era más de esperar la protesta. Pero esto mismo que era un mal vino en provecho del teatro, que vió agruparse en torno suyo una juventud, ansiosa de fama, hasta entónces desconocida y como desterrada del teatro, y estas licencias sirviéronla de ensayo, en el que probando sus fuerzas para cosas de más importancia, se decidia su destino y el porvenir del teatro que con estos refuerzos veia próximo el dia de su reconstitucion,

y se prometia grandes triunfos cuando sonase la hora de arrepentirse y borrar los errores pasados. Este y no otro es el motivo de que autores dramáticos apreciabilísimos hoy, entónces ignorados, hayan logrado gloria no escasa, dando al teatro obras de mérito absoluto y relativo que no hubieran visto la luz, ni se hubieran escrito, á no existir la anarquía, digámoslo así, que abria la puerta á todos, hasta á los ineptos, ramplones, plagiarios y rapsodistas. ¡Tan cierto es que á veces los efectos no están en relacion con las causas, ni guardan con ellas conformidad alguna!

Por mucho tiempo se dejaron sentir los perniciosos efectos de este estado de cosas; el gusto del público extraviado se inclinaba á lo extravagante y ridículo, y si por un momento se recreaba en el género sensato, no por eso abandonaba el que más preferentemente colmaba sus aficiones, autorizando con esta preferencia los exabruptos, los excesos, los abortos literarios y dramáticos que se producian, llevando el desencanto y el despecho á los pocos que aún permanecian fieles á la dignidad y pureza del arte, que temian exponer sus producciones á la indiferencia del público, y lo que es peor, á sus burlas, de que algunos se hacian intérpretes en parodias y caricaturas de obras de verdadero mérito, cuyos autores por temor al ridículo consiguiente, sólo en ocasiones dadas y despues de tantear el terreno, se atrevian á dar obras al teatro.

Consecuencia de todo esto fué que sólo privaron ciertos géneros, sobre todo uno, que sin relaciones con

el arte y sólo con el aliciente de ciertas manifestaciones poco dignas y decorosas, obtenia el favor del público y hacía la fortuna de los que lo apadrinaban en perjuicio del arte. El género bufo importado de Francia es la negacion más completa, no sólo del arte, sino de todo sentimiento dulce, noble y elevado; los objetos más sagrados y queridos, los más sublimes son motivo de burla por parte de quienes de otro modo podian sacar un partido inmenso de sus buenas cualidades. Por desgracia en nuestra nacion somos más dados á reir que á llorar, á divertirnos que á pensar, y una bufonada tiene más éxito y merece más simpatías que un pensamiento grande, que una accion virtuosa. Está en nuestro carácter y conforme á él hemos de obrar en todo.

El género lírico-dramático que en esta época llega á un alto grado de esplendor, determina el período de transicion, disputando al género, entónces en boga, el favor del público, el dominio de la escena y compartiéndolo generosamente con el dramático puro, que se prepara á dar el golpe de gracia á los hijos espúreos del arte. Pero el lirismo-dramático trae tambien elementos desfavorables al objeto anhelado; da origen á las obras de espectáculo en que se recrean la vista y el oido, miéntras que la inteligencia reposa, y á los bailables que nada dejan sino un recuerdo fugaz de impresiones voluptuosas. Unas y otros si retardan la rendicion del arte, contribuyen á ella poniendo en pugna los elementos contrarios á este propósito, y dando tiempo á que con la comparacion y exámen de unos géneros

con otros, el gusto del público se rehaga, se resuelva y asiente, comenzando por despreciar ó mirar con indiferencia lo que en otro tiempo le halagaba. De esto á realizar la constante aspiracion de los amantes del arte dramático no habia más que un paso; era preciso ántes de darlo ver dónde se iba á sentar el pié, mirar el camino que habia de emprenderse, sus peligros y dificultades, su fin seguro y los medios que debian servir para guiar por él á todos, autores, actores y público; veamos si se procedió con acierto y si el resultado correspondió á los esfuerzos hechos entónces, y los que despues se hicieron para conservar y aumentar el terreno conquistado.